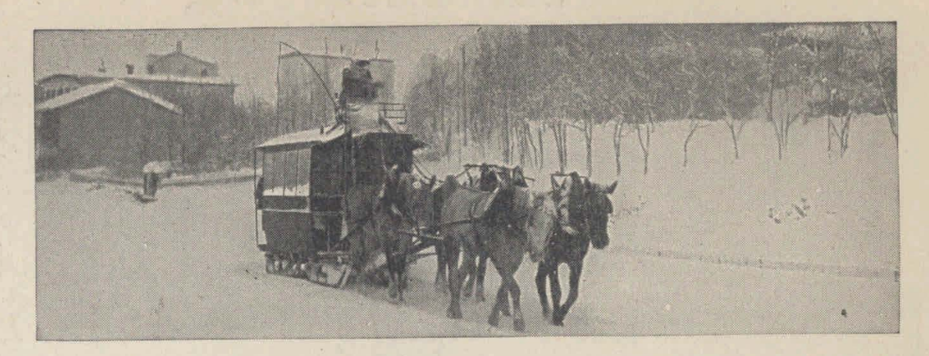


LAS MARAVILLAS DE LA NIEVE

LA nieve, desconocida en ciertas regiones, es muy frecuente en otras, especialmente en las cercanas a los polos. Ya sabemos que existe en la atmósfera cierta cantidad de vapor acuoso. Cuando este vapor se enfría y su temperatura desciende por debajo de 0°, se congela y cristaliza en agujas que se reunen y entrecruzan, formando lo que se llama *copos de nieve.*

La caída de tales copos y su acumulación sobre la superficie de la tierra en capas de mayor o menor espesor, hasta que se funde y evapora de nuevo, constituye el fenómeno de la nevada.

La nieve es blanca y opaca, y éstos, que son sus caracteres más notables, obedecen a su estructura esponjosa y muy fraccionada, por la interposición de burbujitas de aire entre sus moléculas. La luz, que sin dificultad y con pérdida insignificante de brillo, atraviesa los cuerpos transparentes, no consigue atravesar la nieve, y de ahí la opacidad y blancura que en tan subido grado tiene ésta.

Aunque esponjosa y ligera, si cuando nieva recogemos algunos copos sobre un cuerpo blando, de color oscuro y de temperatura inferior a la de 0°, se descubren en ellos, a simple vista, y mejor con un microscopio, las más extrañas y sorprendentes figuras, compuestas de finas agujas simétricas y variadamente dispuestas, semejantes a estrellitas, y que presentan siempre un conjunto de delicadeza y finura tales, que la mano más hábil jamás podría realizarlas.

La nieve, por lo general, no cae dividida en menudos copos cristalizados. Desde que se desprende de las nubes hasta que, describiendo indecisas espirales, llega a tocar en el suelo, juega el viento con ella y la deshace y pulveriza o la reune en abultados copos, despojándola de sus contornos más delicados y alterando su maravillosa estructura.

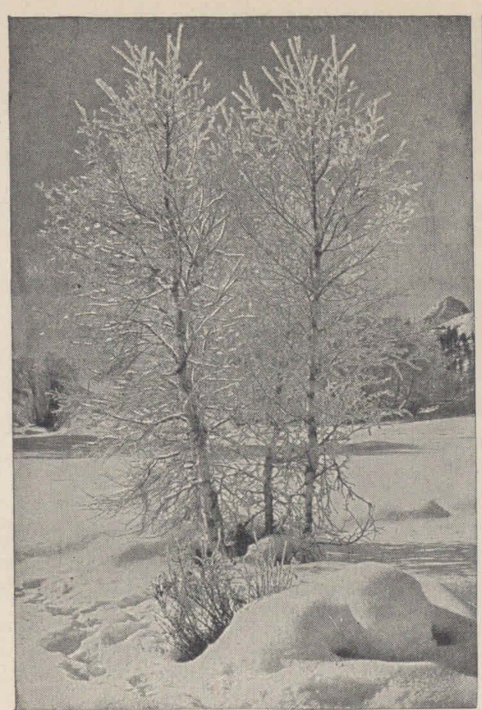
No en todos los países, ni cualquiera que sea la altitud de los lugares, nieva con la propia frecuencia y en igual abundancia, ni la nieve que durante el invierno cae, resiste tampoco con la misma energía y sin derretirse por completo, los ardores del verano.

En los terrenos inferiores e inmediatos a la orilla del mar, rara vez o nunca nieva entre los trópicos, ni en los terrenos bajos y quebrados; pero al paso que el relieve del suelo se levanta, y los continentes se ensanchan, y las llanuras se manifiestan interrumpidas por encumbrados montes y sierras o cordilleras erizadas de agudos picos, pasan las cosas de muy distinta manera; y no sólo puede nevar entre los trópicos, sino que nieva de hecho, y resiste la nieve sin fundirse meses y años, expuesta a los rayos del sol en las alturas. Estas nieves se llaman perpetuas, y brillan majestuosas en el Cáucaso, en los Alpes en los Pirineos, en los Andes, en el Himalaya y en otras altas montañas.

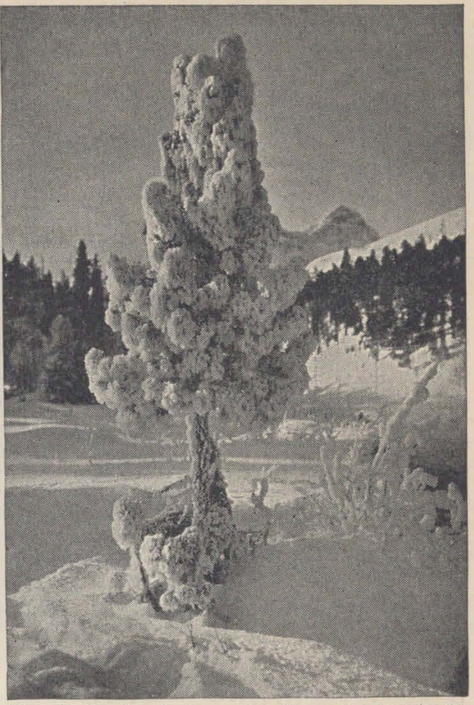
CRISTALINAS Y BLANCAS FLORES QUE CAEN DEL CIELO

Recogiendo cuidadosamente los copos de nieve sobre un cuerpo blando, de color oscuro y de temperatura inferior a la de 0°, se descubren a simple vista, y mejor con auxilio de un microscopio, las más extrañas y sorprendentes figuras, compuestas de agujas finas simétricamente dispuestas.

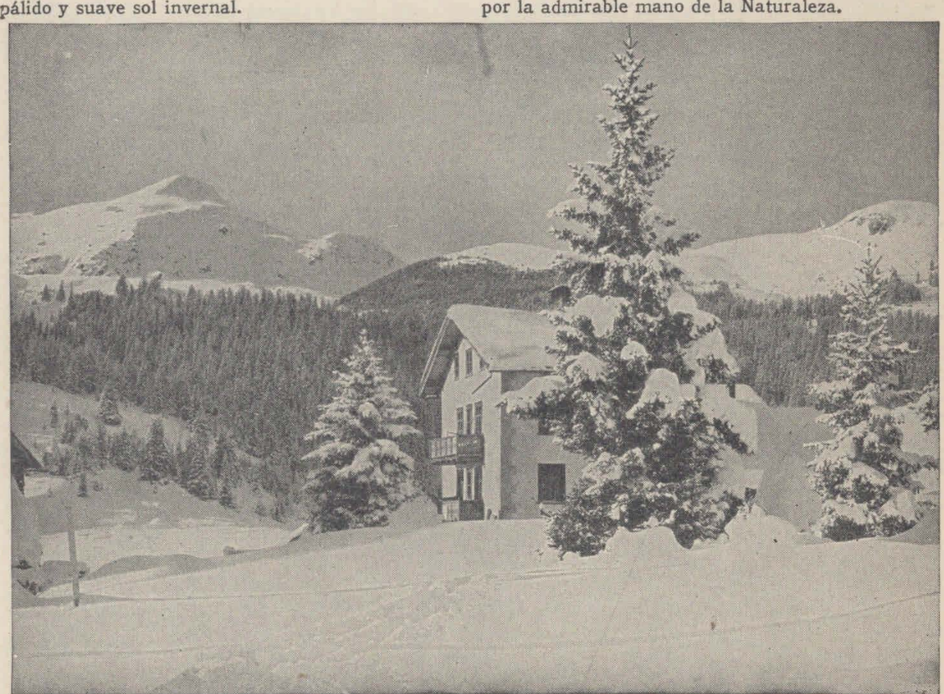
EL INVIERNO Y SUS BLANCAS VESTIDURAS



He aquí un bello trabajo de la escarcha: árboles vestidos de blancos cristales, que brillan hermosamente al pálido y suave sol invernal.



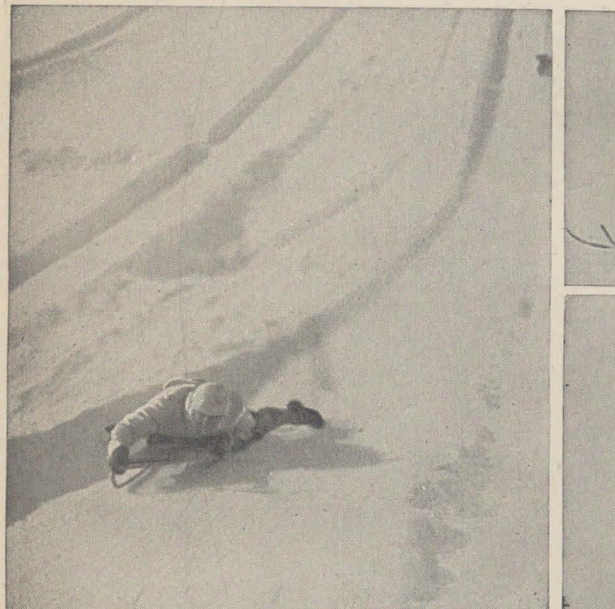
Este ciprés, abundantemente cubierto de escarcha durante una noche de invierno, parece tallado en mármol por la admirable mano de la Naturaleza.



Suiza es muy visitada en verano para disfrutar de la vista de sus paisajes y de la frescura de las regiones alpinas. Pero su belleza invernal es también extraordinaria. El grabado nos muestra una casita suiza, en terreno montañoso, en que montes, árboles y casas ostentan sus galas de inmaculada blancura.



Las carreras en toboggán, por laderas revestidas de nieve, son deliciosas.

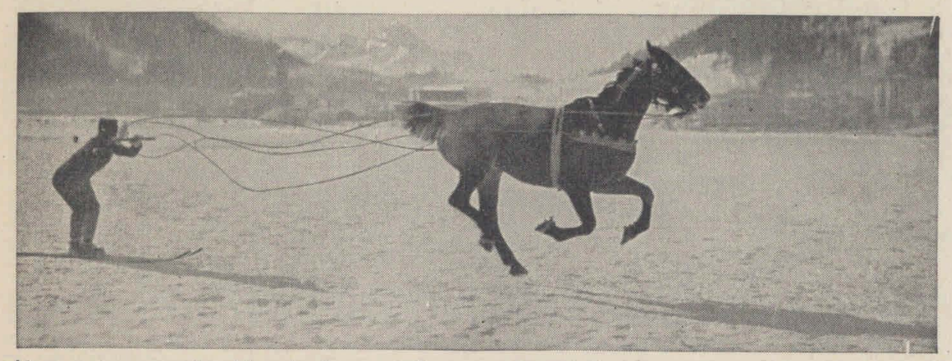


Modo de guiar el toboggán tendiéndose en el.





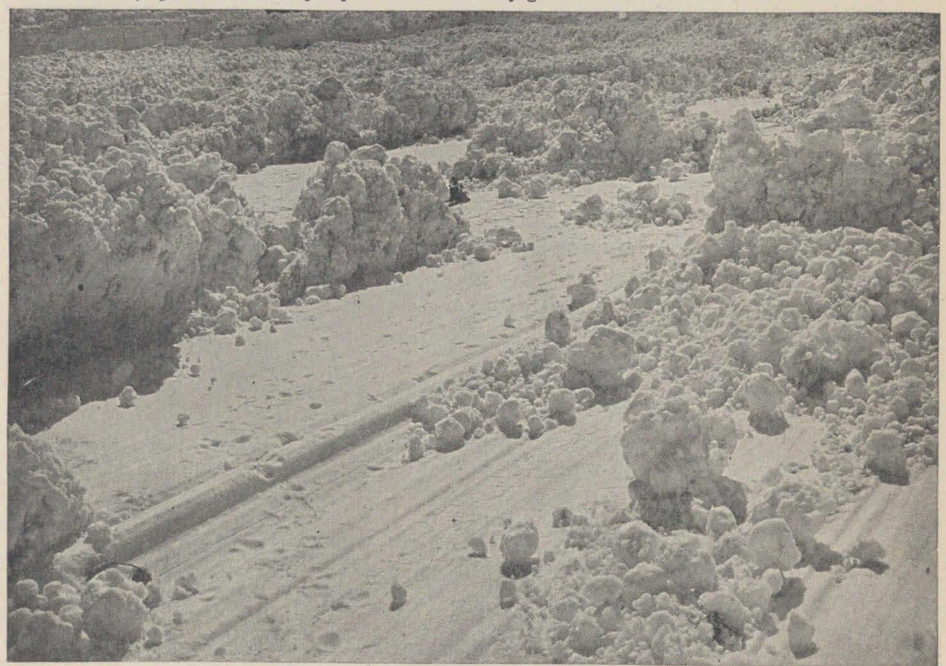
Carrera con skis, especie de patines.



Algunos corren con los skis, guiando un caballo; es un entretenimiento atractivo, pero un tanto peligroso.



Los aludes, impropiamente llamados « avalanchas », son un grave peligro para los habitantes de los valles. Enormes masas de nieve se desprenden y ruedan desde las alturas, engrosando con la nieve blanda que se les adhiere en su descenso. Caen con inmenso fragor, levantando un viento terrible, descuajando y quebrando árboles, aplastando casas y sepultando hombres y ganados.



Hay ciertos valles en que no se pueden construir viviendas de ninguna clase, por el peligro constante de los aludes. Si el declive de la montaña queda alisado por el hielo, los aludes se deslizan por ellos, como trineos monstruosos. Basta una pequeña sacudida del aire, y aun el grito de un muchacho, para que el alud se desprenda de la altura. Aquí vemos cómo termina deshecho uno de estos aludes.

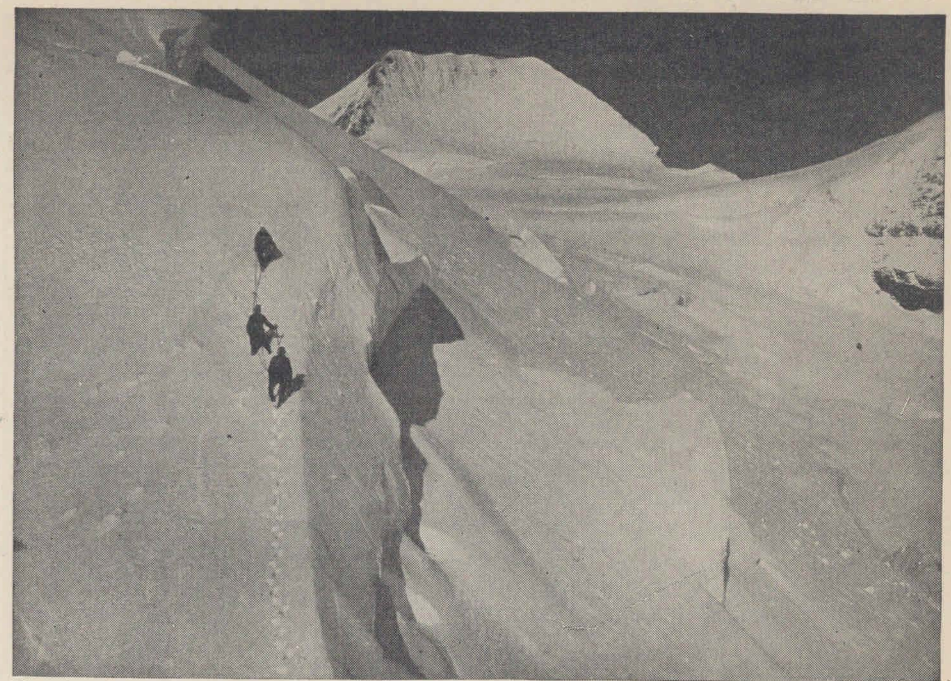


Un glaciar, ventisquero o helero, es un río de hielo, que desciende lentamente de las montañas hasta que encuentra un clima más suave, y entonces se disuelve en el agua turbia de los grandes ríos perennes. Su descenso es sumamente lento; a veces recorre solamente pocos centímetros de camino al día.



En algunos países del Norte, como en Alaska, existen huellas del paso de ingentes glaciares, que dejaron el suelo resquebrajado y sinuoso, y cubierto en diferentes sitios de grandes piedras arrastradas entre el hielo en su marcha.

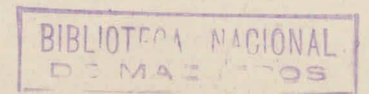


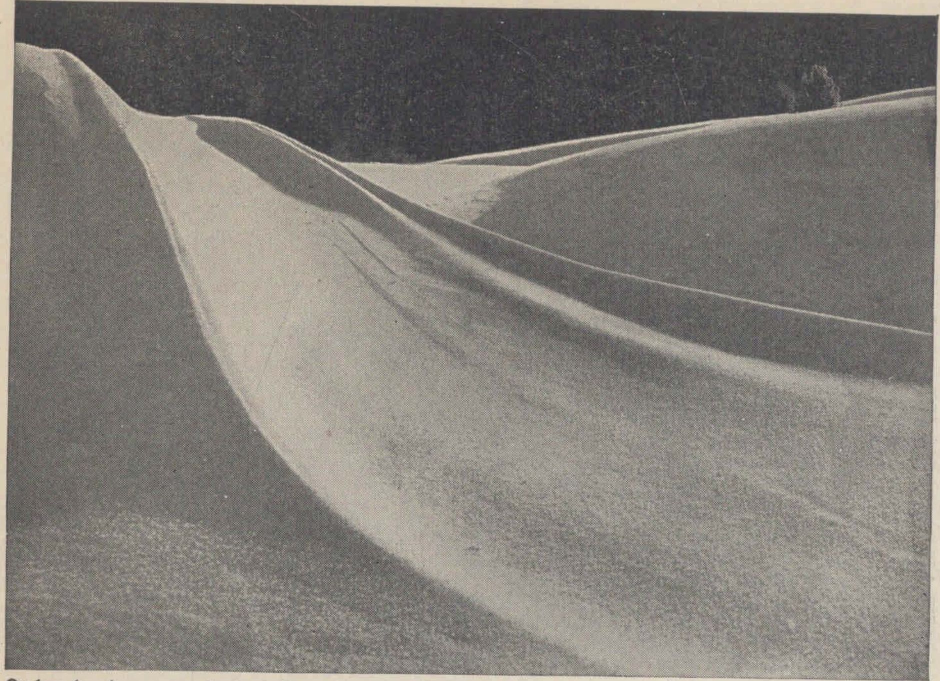


Hay algo de maravilloso en el espectáculo que ofrecen las grandes cimas de las montañas cubiertas de nieves, llamadas perpetuas porque no desaparecen nunca. Centenares de turistas acuden cada año a los Alpes, y escalan sus cumbres para gozar de la austera majestad de aquella silenciosa y cándida belleza.



No es cosa fácil ni segura aventurarse sobre los glaciares y cimas nevadas. Los peligros son muchos. Es indispensable ir atados a los compañeros, para no caer en las profundas simas, y es preciso proteger la vista con anteojos azules o verdes, para no quedar cegados por el resplandor de la nieve, que brilla al sol.





Ondas de nieve, que el viento levanta cuando aquélla está todavía blanda y ligera, formando con ella largas crestas, a lo largo de las colinas, a semejanza de las olas del mar.



Sobre terreno llano, nivelado, las ondas de nieve son más perceptibles. A veces ofrecen el aspecto de un mar agitado; otras, de olas ligeramente encrespadas. La nieve recién caída y seca es la que se presta a tales caprichos del viento. Después de una noche de helada, estas ondas, que eran móviles como las arenas de las dunas a la orilla del mar, se solidifican e inmovilizan, ofreciendo un aspecto muy característico.